

Algunos datos sobre los vascos en el Uruguay*

(Some data on the Basques in Uruguay)

Garmendia, Dionisio

BIBLID [1136-6534(1998)11:7-24]

Anécdotas de la historia del Uruguay con participación de vascos, centradas especialmente en la época de la Guerra Grande de los años 1830-1840 entre colorados (liberales) y blancos (conservadores). Interesantes precisiones en torno a la Legión Francesa, que armó un batallón con vascos del norte del Bidasoa.

Uruguaiiko historiaren anekdota hauetan euskaldunek esku hartzen dute. Gehienbat, 1830-1840 urteetan gorrien (liberalak) eta zurien (kontserbadoreak) artean gertaturiko Gerra Handiaren garaikoak dira. Frantziako Legioari buruzko xehetasun interesgarriak, gudari sail horrek Bidasoaz iparraldeko euskaldunek osaturiko batailoi bat antolatu baitzuen.

Anecdotes historiques de l'histoire de l'Uruguay dans lesquels s'illustrèrent des Basques. L'époque envisagée est surtout celle de la "Grande Guerre" dans les années 1830-1840 qui opposa les "colorados" (libéraux) aux "blancos" (conservateurs). Intéressantes précisions sur la Légion Française qui comprenait en son sein un bataillon formé par des Basques du nord de la Bidassoa.

* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

DESDE LA COLONIA HASTA LA INDEPENDENCIA JURÍDICA (1830)

Sin exageración puede establecerse, que los principales núcleos de la vida social de Montevideo —capital de la República—, en los primeros tiempos de la independencia del Uruguay, lo componían familias de sangre vasca.

He aquí una lista incompleta de las familias más distinguidas que habitaban Montevideo en 1830, fecha de la independencia jurídica: Erraquin, Chopitea, Larravide, Artagabeitia, Requena, San Martín, Larrañaga, Aguirre, Aramburu, Aberasturi, Larreta, Areta, Barrotaveña, Jáuregui, Balparda, de Acha, Arocena, Olazábal, Irigoyen, Arechaga, Ereño, Algorta, Zubiría, Zabala, Arracaeta, Idogay, Bengoechea, Inchausti, Iraola, Anavitarte, Doñabeitia, Zipitria, Arrieta, Ordeñana, Usabiaga, Yarza, Jara, Echenique, Iturriaga, Salázar, Irastorza, Garmendia, Aramendi, Artecona, Mújica, Iribar, Iturriaga, Salazar, Larralde, Mendizábal, Elizalde, Acuña, Olave, Lerena, Egaña, Arribillaga, Otermin, Echevest, Urbistondo, Irabar, Oyazábal, Aguirrebengoa, Iturburu, Indarte, Beretervide, Iturrioz, Tejería, Salsamendi, Echenique, etc., etc.

El Dr. Aquiles Oribe, en un libro del cual es autor y de donde extraemos esta lista, agrega que las familias nombradas, no sólo constituían el medio social predilecto de Montevideo, por su ascendencia y figuración, sino que continuaba siendo la raíz del grupo social de abolengo, en la genealogía de la aristocracia montevideana.

De entre estos nombres destacaremos el del Presbítero uruguayo Dámaso Antonio Larrañaga, a quien el país rinde homenaje en este año de 1948, centenario de su fallecimiento. Nació el 19 de diciembre de 1777 y falleció el 16 de febrero de 1848.

En muchos aspectos fue semejante al fundador del renacimiento vasco, por eso yo le llamo “el Sabino Arana Goiri del Uruguay”. Fue después de Artigas el único uruguayo honrado y homenajeado por todos los orientales sin excepción, tanto el día de su fallecimiento, en plena Guerra Grande, como hoy, con los homenajes extraordinarios que se le brindan y que se prolongarán por todo el corriente año de 1948.

Fue sabio eminente y una de las grandes figuras próceres, descendiente de familia guipuzcoana. Según muchos autores, seguro autor de las famosas Instrucciones del año XIII y enviado expresamente por ese motivo como delegado de Artigas ante la Junta de Patriotas de Buenos Aires, preocupada en aquel entonces en la implantación de una monarquía, fuese de origen europeo o criollo. Allí triunfó su tesis y en efecto, fue en el Uruguay donde se sembró la semilla del régimen democrático, que más tarde había de imperar en el Río de la Plata.

Actualmente, como dijimos antes, se le rinden grandes homenajes. El Parlamento, en ambos cuerpos con absoluta unanimidad, le rindió los máximos homenajes, proponiendo, entre otras, las siguientes disposiciones:

- Levantarle un Monumento en un lugar de la ciudad.
- Llamar a concurso para la ejecución de una obra literaria sobre personalidad y edición de sus valiosos trabajos científicos sobre botánica, mineralogía, etc. etc.
- En estos días se realiza una magnífica Exposición, cuya duración es de 30 días, con la exhibición de sus manuscritos, investigaciones científicas, etc. Con ese motivo, en el mismo local se lleva a cabo un ciclo de 15

conferencias, dictadas por las personalidades más encumbradas de las ciencias y de las letras.

Digamos ahora algo sobre el árbol genealógico al cual pertenecía tan preclaro varón. Su padre don Manuel de Larrañaga era oriundo de Azcoitia y vino a Montevideo alrededor del año 1765, recomendado a Gorriti (a la entrada del Río de la Plata existe una isla que lleva este nombre) por un tío abuelo.

En el año 1771 lo vemos figurar como Fiel Ejecutor del Cabildo de aquel año. Tuvo 7 descendientes; cuatro varones y tres mujeres. De sus hijos el mayor, Manuel, se ocupó de proveedurías. El segundo Carlos, estudió para sacerdote y falleció ahogado con otros compañeros. El tercero, fue nuestro biografiado y el cuarto, Pedro, fue empleado superior en la gran casa naviera y comercial que tuvieron en Montevideo sus cuñados Berro y Errazquin. También murió soltero.

De las tres hermanas del P. Dámaso Larrañaga, doña Juana la mayor se casó con don Pedro Francisco Berro y dieron origen con sus 17 hijos a la familia de este nombre, entre cuyos descendientes figuraron entre otras personalidades el Presidente de la República don Bernardo P. Berro (1860-64) y el Reformador de la Enseñanza J.P. Varela, llamado a justo título “el Sarmiento del Uruguay”.

La segunda hija de don Manuel Larrañaga, doña Josefa, se casó en 1800 con don Pedro José de Errazquin, de cuyo matrimonio hubieron varios hijos, una de las cuales se casó con Jackson, hombre de gran influencia y figuración en el alto medio social y en los anales de la riqueza agro-pecuaria del país.

La menor, Maria Cotela, se casó en 1803 con don Eugenio Alcain. Como los otros matrimonios, tuvieron numerosos descendientes que ocuparon situación destacada. Fijándonos un poco en la familia Larrañaga, nos encontramos que ella ha dado al país un pléyade de hombres ilustres en todo concepto, de hombres útiles, de ciudadanos dignos de eterno recuerdo en su patria, recuerdo que hoy se hace presente por la actual presencia de inúmeros biznietos que hacen honor al tronco del cual descendieron. De entre ellos destacamos al actual Rector de la Universidad don José P. Varela y al profesor Adolfo Berro García quienes obedeciendo como un mandato de la razón de la sangre fundaron hace un par de años y lo rigen actualmente al Departamento de Estudios Vascos de la Universidad del Uruguay, entre cuyos componentes se hallan trabajando con todo fervor y entusiasmo entre otros el Dr. Vicente de Amézaga, don Raúl González Mendilharsu, el Dr. Miguel Bañales, el Dr. Francisco Cortabarría y el Ing. Dionisio Garmendia.

LA INMIGRACIÓN FRANCESA Y VASCO-FRANCESA DESDE 1830 A 1842, VÍSPERAS DE LA GUERRA GRANDE (1843-1851)

Durante los cuatro años de la presidencia de Oribe —descendiente de vascos y fundador del partido blanco— es decir de 1834-38, la capital uruguaya recibió 11.500 extranjeros. Esta inmigración aumentó como desbordada ola, bajo la presidencia de Rivera (fundador del partido colorado). Estos dos grandes partidos en que se dividió políticamente el pueblo uruguayo desde el nacimiento de su independencia, son los que aún priman en la marcha política del Uruguay.

En esta última inmigración, se hallaban ingleses, en general gente de negocios y finanzas; italianos, españoles y argentinos desterrados y refugiados. Pero los franceses,

sobre todo los vascos y bearneses, formaban la mayoría de esa población extranjera. Parece que muchos escapaban de su país jóvenes para sustraerse al servicio militar. La Sociedad Brie (vasco-francesa) y Rivas, adelantaban el pago del pasaje a los nuevos inmigrantes que llegaban.

De 1836 a 1842, el Uruguay recibió 33.600 emigrantes de Europa, de los cuales 15.800 eran franceses, pertenecientes sobre todo a los Bajos Pirineos. Bartolomé Mitre (figura prócer de la Argentina) desterrado de su país y testigo ocular, pudo escribir con razón que Montevideo era entonces una ciudad cosmopolita en toda la acepción de la palabra, puesto que sobre 31.000 habitantes 11.000 solamente eran nacionales, de los cuales la mitad eran negros emancipados.

Las propiedades francesas constituidas en Montevideo al principio del sitio, llegaba al número de 236. Había un centenar de negociantes importadores directos de Francia y alrededor de 500 detallistas. Un vecino francés tenía más de cinco millones de francos de fortuna, otro más de tres millones, cuatro tenían por lo menos quinientos mil francos. El 99 % de este dinero había sido adquirido en Montevideo. Se ganaba de 6 a 25 francos por día, según la profesión, cinco veces más que en Francia.

El almirante Massieu estimaba que los vascos de Montevideo enviaban alrededor de dos millones de francos por año a sus familiares. El Sr. J.M. nos ha contado que su abuelo, que llegó solo y pobre a América, quiso dar una sorpresa a su mujer que vino luego a reunirse con él y para ello cubrió el pavimento de su sala con patacones de plata.

El movimiento comercial entre Francia y Uruguay había pasado de 6 millones de francos en 1830 a 42 millones en 1842. Francia había proporcionado 25 veces más negocios con este país que con el Brasil. El Uruguay importaba, sobre todo, artículos de París, vinos de Burdeos y cueros manufacturados.

Estos cueros eran los mismos pellejos que habían sido exportados de Montevideo. En la campaña y en las pequeñas poblaciones del interior, había cerca de 4.000 franceses, la mayor parte de los cuales eran agricultores. Comprendían también cierto número de jefes de taller. Eran más ricos aún que en la capital y poseían 120 leguas de tierra, con 150.000 cabezas de ganado mayor y un número igual de ovejas de raza merina.

No nos sorprendamos si el Uruguay atraía a los emigrantes de Europa con mayor fuerza que la Argentina. En la República Oriental el peso valía 5 francos y el patacón o peso fuerte, 5 francos 50, en tanto que el peso argentino oscilaba mucho y solía descender a 0. fr 30 cts. El barón Deffaudis ha dado en París las razones de esta preferencia en sus *Questions diplomatiques*, publicadas en 1849. He aquí estas razones.

De 1828 a 1838, el desenvolvimiento de la riqueza de Montevideo ha sido inaudito. Se ha atribuido sin razón esta prosperidad al bloqueo de Buenos Aires; la prueba está en el hecho de que después de levantado el bloqueo, el país ha proseguido su marcha ascendente hasta que fue invadido por el ejército argentino en febrero de 1843.

Las causas de ello son otras: las ventajas naturales del puerto de Montevideo; la prodigiosa fertilidad de la campaña que permite duplicar el número del ganado cada tres años; por fin su régimen político, en el cual los defectos del gobierno y administración inspiran menos temor al emigrante que el despotismo de Rosas.

Las tres causas principales, a las que acabo de atribuir la prosperidad de la República Oriental, continúa el barón diplomático, y la última acaso más que las otras dos, habían atraído una muchedumbre siempre creciente de emigrados europeos, y estos en algunos años, habían contribuido a modificar en cierto sentido el aspecto del país. Ellos habían más que duplicado la superficie de la ciudad, después de haber cubierto completamente de construcciones todos los terrenos baldíos dentro del recinto; habían además levantado, fuera del recinto una nueva ciudad, algunas de cuyas calles serían reputadas hermosas en París. A no haber sobrevenido la invasión argentina, Montevideo tendría ahora 80.000 habitantes (año 1849) y tal vez 100.000.

Los europeos se habían extendido en seguida por la campaña, sobre las orillas de los arroyos y de los ríos y habían establecido granjas y mataderos para el ganado y la exportación de reses. Todo esto fue hecho en 5 años. Si la Banda Oriental hubiera gozado solamente 10 años semejantes, habría sido, sin comparación después de Estados Unidos, el más rico consumidor de los productos de Europa en América. A los franceses, sobre todo, les gustaba residir en la República Oriental. Había más millares de ellos que centenares en la inmensa República Argentina. Nuestros pastores y labradores vascos se sentían allí como en su casa y habían conservado todas sus costumbres nacionales; se casaban entre ellos, trabajaban toda la semana, iban el domingo a la Iglesia y por la noche se divertían jugando a la pelota o bailando.

Las mismas causas que explican la prosperidad, desgraciadamente pasajera, de Montevideo explican también la guerra feroz y persistente que Rosas hace a Montevideo. La Argentina, recién se ha desarrollado y poblado a partir de 1860, cuando el ferrocarril permitió penetrar en su inmensa pampa. Pero en el tiempo de Rosas, no había ni vía férrea ni caminos. En aquella época, ay del extranjero bastante osado para alejarse de la capital. Muchas veces caía víctima de su audacia. El Uruguay, al contrario, atraía por la facilidad para llegar a él y la cordialidad de sus habitantes. Los franceses, en particular, sabían que encontrarían en él compatriotas y muchas veces también, como consecuencia de ello, una mano que les socorrería para ayudarles a instalarse. Los orientales por su parte, les recibían con preferencia a los otros extranjeros. En fin, el Uruguay llegó a ser para las poblaciones del sudoeste de Francia, lo que el Canadá para los bretones y los normandos en el tiempo de Francisco I y de Enrique IV.

LA GUERRA GRANDE (1843-1851)

Descrito a grandes rasgos el escenario y su clima económico-social, veamos ahora ligeramente, algunos de los personajes euskos y el miedo de tensión político-guerrera, en el que les tocó actuar en estas bravas tierras de América así como algunas de sus más salientes actuaciones.

Antes de entrar, pues, en los pormenores de la trágica odisea de la Guerra Grande, llamada por Víctor Hugo "La Nueva Troya", daremos algunos datos biográficos de los jefes vascos que en ella actuaron brillantemente.

General Lesmes de Baztarrica (crónica de don Abdón Arostegui)

El general D. Lesmes de Baztarrica era hijo de San Sebastián, de la que surgió esa pléyade de vascos que han dado páginas gloriosas a la historia política y social de la República Oriental, en donde se encuentran apellidos tan ilus-

tres como los de Amilibia, Aramburu, Gurruchaga, Anabitarte, Udabe, Artagabeitia, Azarola, Ereño, Olabe, Ellauri, y tantos otros que en este momento no recordamos, teniendo para nosotros el doble mérito de haber sido nuestro informante, el Dr. Manuel Aróztegui, hijo de aquella privilegiada ciudad.

Empezó Baztarrica sus servicios militares en la primera guerra carlista enrolándose como voluntario en el Batallón que formó el coronel Ibero en San Sebastián, compuesto de jóvenes de las principales familias de la ciudad, al cual se le denominó *Chapel Zuri* (boina blanca), por ser ésta el distintivo que llevaban. (La boina que llevó en el Uruguay con una borla dorada se halla en una vitrina en el museo de Montevideo).

Baztarrica, de soldado raso, ascendiendo de grado por grado, hasta Comandante, llegó por su arrojo y bizarría a mandar el cuerpo en varias acciones, siendo su 2º Jefe, en reemplazo del coronel Ibero, su bravo y esforzado capitán. Encontrándose en los principales combates que libró el cuerpo de ejército que actuaba en la provincia de Guipúzcoa, compuesto de 8.000 hombres, Baztarrica descolló en todas partes por su bravura y pericia militar, siendo herido en varias ocasiones.

En el sitio de Bilbao, fue Baztarrica el que con su bizarro batallón *Chapel Zuri*, pasó el puente de Luchana que defendían con denuedo las fuerzas liberales. La noche del asalto, o sea cuando se levantó el sitio (la noche de Navidad), debido a la gran nevada que cayó durante el día y a la noche cruelmente fría y borrascosa que se presentó, Espartero, aprovechando esa oportunidad, sorprendió a los carlistas en sus posiciones, rompiendo el fuego vivamente sobre sus contrarios. En medio de la natural confusión que se produjo en la sorpresa, Baztarrica, que estaba de guardia esa noche con su batallón sin perder la serenidad que le era característica, luchó solo contra todo el ejército liberal, que no bajaría de catorce mil hombres, defendiéndose con un valor heroico y efectuando la retirada con sumo orden y gran habilidad, a pesar de las numerosas bajas que se produjeron en el batallón.

En este sitio tan nombrado fue donde el famoso Zumalacárregui cayó herido gravemente. Terminada aquella desastrosa guerra, Baztarrica retiróse a la vida privada, contristado, por haber sido vencido pero altivo y dispuesto siempre a emprender de nuevo la defensa de su causa. En ese estado de ánimo, nada de extraño tenía que tomase parte en la conspiración que poco tiempo después de aquellos sucesos emprendieron algunos partidarios de D. Carlos fracasando completamente la reacción intentada. Descubiertos, fue tomado preso Baztarrica y encerrado en el castillo de San Sebastián, de donde tuvo la suerte de evadirse y huir a Francia en cuyo punto se reunió su familia embarcándose poco después para el Río de la Plata que, protegido por el Sr. P. Celestino Udabe, alcalde de Tolosa y padre de nuestro amigo el Sr. P. Udabe, comprovinciano de Baztarrica y que se encontraba a la sazón emigrado con otros muchos vascos a quienes también protegió con noble y desinteresado desprendimiento.

La Gente de Oribe (blancos) — Baztarrica en el Uruguay

Llegó a Montevideo a principios de la Guerra Grande en 1843, en cuya época los españoles, como no tenían representante diplomático desde la independencia, eran considerados como ciudadanos orientales.

A su arribo a Montevideo, tuvo Baztarrica que ocultarse, porque sus compatriotas estaban malísimamente con el

gobierno de la Defensa, pues hacía poco tiempo que se había pasado a Oribe el célebre batallón de los vascos. Merece la pena, ya que citamos a este batallón, y por el rol que jugó en él nuestro biografiado, que narremos su historia aunque sea a grandes rasgos. Después del convenio de Bergara, infinidad de vascos que no quisieron acogerse al indulto, emigraron para el Río de la Plata, arribando a Montevideo unos cuantos centenares de los principales, entre los que se contaban varios oficiales carlistas aguerridos.

El gobierno de la Defensa trató de utilizar tan buen elemento para formar un batallón, tomándolos para el servicio inmediatamente que llegaban, cuya comisión la desempeñaba el que después fue general Pallejas (célebre en la batalla de Monte Caseros en la Argentina en 1851 que definió la derrota de Rosas) y un vasco Torres, titulado capitán, quienes iban a bordo enseguida que llegaba un buque, y de allí a la fuerza tomaban a los pobres vascos emigrados para el servicio militar forzoso.

De esta manera violenta se formó un hermoso batallón, cuyo comando se le confió al coronel Guerra, oriental, que junto con el coronel Espina siendo un gran instructor militar, había servido en la guerra carlista en un cuerpo de Nabarra. A estas fuerzas compuestas de elementos vascos, sin clasificar ni reconocer sus clases y categorías les pusieron cabos y sargentos morenos.

Este proceder disgustó a los euskaros, que trabajados hábilmente por el coronel Juan Antonio Artagabeitia, vasco y rico comerciante, muy apreciado por su honradez y generosidad, un día pasáronse a las fuerzas enemigas donde fueron recibidos con gran regocijo formándose entonces en el Cerrito, el famoso batallón de los vascos que desde un principio se llamaron "Voluntarios de Oribe", dándosele el nombre de *Oribe-berri* al cuartel o sitio donde se alojaban, que después se convirtió en un hermoso caserío.

Una compañía que no había podido pasar con el resto del batallón, lo efectuó pocos días después, empeñando un combate heroico con los sitiados, que los vigilaban muy de cerca.

Clasificados por sus clases y reconociéndole a todos sus grados militares conquistados en la guerra carlista, este batallón fue modelo de valor y disciplina, siendo leales de la causa que sostenían hasta el último momento, pues llegó el caso de no querer entregar sus armas al gobierno de Montevideo cuando se celebró el pacto del 51, abandonándolas en el cuartel por la intervención amistosa del capitán de marina Topete, jefe de la escuadrilla española, que en ese momento se encontraba en la rada de la ciudad y que después llegó a ser Almirante de España.

El batallón de los vascos que con el resto de las infanterías mandaba el coronel Artagabeitia, primero y después el general Baztarrica, hasta casi fines del sitio, que éste pasó a ser edecán del presidente Oribe y se hizo nuevamente cargo de él, tuvo la excepcional virtud de no ser gravoso al ejército, pues todos, oficiales y soldados, tenían oficio y trabajaban durante las horas (lo mismo sucedía con los integrantes del regimiento de los vascos franceses de la ciudad sitiada) que no hacían servicio de avanzada o tenían que tomar parte activa en los continuos combates que se libraban a cada momento en aquella larga y cruenta guerra. Fue mandado por oficiales distinguidísimos entre los que descollaban Juan Gurruchaga, Bautista Olasagasti, Astiazarán (Chaketua), Martín Díaz, Juan Baztarrica (hermano del general, y dato curioso que había quedado tuerto de un balazo que hirió al mismo tiempo a su hermano); siendo

el terror del enemigo donde quiera que se presentaba el batallón.

El capellán de este cuerpo era el padre Ereño (otra figura famosísima, fanático de Oribe quien durante muchos años conservó bajo su cama los restos de un familiar). Los cirujanos eran los doctores Azarola, Abdón Aroztegui (padre) y Cadhourat. Este último, vasco francés durante los primeros años del sitio sirvió con el gobierno de la Defensa. Fue el único vasco francés que se pasó a Oribe. Famoso médico, después de la Guerra Grande prestó grandes servicios siendo muy querido por propios y extraños.

Baztarrica, que como hemos dicho, tuvo que ocultarse a su arribo a Montevideo, huyó al campo enemigo presentándose al servicio del ejército sitiador. Terminada la Guerra Grande, le fue fiel al General Oribe hasta el último día de su caída. No quiso tampoco como en España, acogerse a las franquicias del pacto del 51, declarando noblemente que él sólo había servido a D. Carlos y al general Oribe por lealtad y que se retiraba a la vida privada.

Los generales Urquiza (vencedor de Rosas) y Garzón (Jefe de San Martín), le hicieron proposiciones brillantes si continuaba con ellos en el servicio militar, proposiciones que fueron agradecidas pero rechazadas virilmente.

Ligera reseña sobre Baztarrica después de la Guerra Grande

Emigrado D. Manuel Oribe para Europa, volvió al país el año 55, tomó parte inmediatamente con sus numerosos amigos en los sucesos que se desarrollaron en aquella época luctuosa, sacando a Baztarrica del ostracismo voluntario que se había impuesto, tomando entonces una parte activísima en todas las guerras que han tenido lugar en la República Oriental, siendo siempre fiel a la causa que abrigó de todo corazón desde su arribo a Montevideo.

Tomó parte al frente de las infanterías en todos los combates que se llevaron en los años 57 y 58, reconociéndosele el grado de coronel en el gobierno de Pereyra, e hizo toda la azarosa campaña 63 al 65 en la revolución del general Flores, haciendo una figura brillante en todas las batallas con el aguerrido batallón que mandaba en Jefe, el cual por más nombres que se le pusieran, siempre se denominó "Batallón de Baztarrica", como "Cuartel de Baztarrica" se le llamaba y se le sigue llamando al "Cuartel General Artigas", sito en la calle de Agraciada en Montevideo y que era donde se alojaba el batallón de nuestro general en los tiempos de paz.

Fue edecán del presidente Berro y en la revolución que hizo posteriormente este infortunado ciudadano, después del fracaso y terminación de aquel episodio sangriento, estuvo a punto de ser asesinado Baztarrica en su domicilio de la Unión, encontrándose en cama enfermo, salvándose debido a un aviso oportuno del Sr. Pío Udabe, su grande y antiguo amigo, teniendo que huir en esas condiciones emigrado para la provincia de Entre Ríos.

En esta provincia tomó parte en la revolución de López Jordán con las fuerzas orientales, invadiendo la República Oriental con el general Medina el año 1870, cuando recién se iniciaba la revolución del general Aparicio, que concluyó con el pacto de abril del año 1872.

Baztarrica en toda esta cruenta guerra de 1870, fue el Jefe de la Infantería de aquellas tropas que tan bizarramente se condujeron en todos los combates y batallas que se libraron en aquella campaña legendaria y caballerescas. En el com-

bate del 29 de noviembre en las calles de la histórica villa de la Unión, fue herido Baztarrica, mientras mantenía a raya con sus bravos infantes, a todo el ejército del gobierno de Montevideo.

Una segunda ocasión hubo de ser preso, pero una vez en el portal de su casa el Jefe del pelotón que iba a prenderlo, Coronel Laborde (de filiación colorada), gran amigo particular, advirtió a su mujer, que salió a abrirle la puerta, para que su esposo huyera por los fondos, mientras él se disponía con los suyos a revisar las habitaciones. En su vejez, según nos lo refirió su sobrino, la banda de música del Cuartel Baztarrica, iba anualmente a su casa a homenajearlo en el día de su cumpleaños. Los componentes de esta banda eran sus viejos combatientes morenos que adoraban a Baztarrica como a un padre.

El general D. Lesmes de Baztarrica, cuyos despachos de general, por una injusticia, recién se le reconocieron en el gobierno de Latorre por el año 1879, no obstante figurar en esa categoría desde la época de Berro, fue el prototipo del valor, la honradez y la lealtad. Jamás huyó ante el enemigo, ni faltó a sus deberes de militar, rechazando siempre con altivez, dádivas o recompensas extraordinarias. Era un gigante con alma de niño, como alguien lo dijo en cierta ocasión; pues a pesar de su corpulencia y maneras un poco bruscas propias de su raza viril y de la profesión de soldado, tenía la ingenuidad de un adolescente y los tiernos sentimientos de una mujer.

Casó en segundas nupcias con la hija del coronel Javier Gurruchaga, su íntimo amigo, comprovinciano y compañero de armas, muriendo en la Unión el 11 de Marzo de 1881, rodeado de todos sus amigos y compañeros de causa, querido de todos, hasta de sus mismos adversarios, por su sinceridad y nobleza de alma. Un inmenso pueblo concurrió a su entierro, entre el que iba la parte más granada de la sociedad montevideana, y su nombre, apreciado siempre pasará a la historia en una página gloriosa, como modelo de virtud y valor.

Javier Gurruchaga

Jefe prestigioso en la primera guerra carlista, una vez terminada ésta se dedicó a traer inmigrantes refugiados vascos al Uruguay. Más tarde fue propietario del velero en que viajaba, intercambiando mercaderías entre los puertos de Montevideo y Burdeos. Su hijo, a quien conocimos hace pocos años, nos mostraba en su casa paterna de la Unión —barrio hoy de la ciudad— una hornalla, donde un buen día echó al fuego, cientos de viejas boletas de viaje impagas por los inmigrantes traídos.

Iniciada la Guerra Grande, fue llamado a las armas por el Gobierno uruguayo y al comprobarse su jerarquía militar fue reconocido de inmediato con el mismo grado que había usado en el país vasco. Claro está que el propósito del Gobierno de la Defensa era el de evitar que se pasara con sus amigos a las fuerzas de Oribe, como ya lo habían hecho tantos de sus paisanos. Pero el aguerrido Jefe no se conforma con su suerte y un buen día solicita autorización para ir con su velero a Europa a traer mercaderías que tanta falta hacía en la ciudad sitiada. Una vez de vuelta, una banda de música lo aguarda en el puerto, pero el barco pasa de largo, desembarcando Gurruchaga en el cercano puerto del Buceo en poder de Oribe. Al igual que sus entrañables amigos Baztarrica, Astiazarán y Amilibia, fue uno de los grandes jefes de Oribe.

Gerónimo de Amilibia

Joven aún, sirvió en la guerra carlista contra la voluntad de sus padres, descollando en el Uruguay como uno de los Jefes uruguayos más célebres durante un periodo de más de 60 años de guerras y revoluciones civiles, al servicio del partido blanco. Siempre se decía entre los gauchos que era más blanco que hueso de bagual. Como acción descollante, refiérese la que tuvo que desarrollar para evitar el desembarco de fuerzas coloradas en las costas del Uruguay a unos 80 kilómetros de Montevideo.

Desplegadas las guerrillas blancas en la costa señalada para el desembarco, el aturdimiento de uno de sus soldados morenos descubrió antes de tiempo al enemigo la presencia de tropas de Oribe. A no ser así, hubiera caído prisionero nada menos que el célebre General José Garibaldi, héroe más tarde en Italia. (Héroe de ambos mundos como así se le llamó más tarde por sus extraordinarias acciones en América y en Europa).

Tanto Amilibia como sus hermanos de raza, los Jefes carlistas de antaño, significaban hoy para el Uruguay, figuras próceres, veneradas en la memoria por sus actuaciones en los grandes episodios nacionales y por sus eximias virtudes de valentía y honradez.

Francisco Astiazarán (*Chaketua*)

Este valiente vasco vio su luz primera en la hermosa provincia de Guipúzcoa, cuna de tantos héroes y hombres ilustres en todas las manifestaciones del saber. Entusiasta como todos los buenos vascos por los derechos federales de su amado país, de sangre ardorosa y corazón patriota, enrolándose *Chaketua* de los primeros en las banderas de Carlos V, siendo aún muy joven.

Sentó plaza de voluntario en el 6º batallón guas del bravo general Zumalacárregui, y allí lo encontró a la terminación de la campaña, de Teniente a cuyo grado había ascendido por actos de valor. Emigrado como otros muchos de sus coprovincianos después de la paz, encontrándose en Montevideo, fue uno de los principales que llevaron a cabo la formación y organización del heroico batallón de los vascos, que sirvió bajo las órdenes de Oribe.

Las proezas que llevó a cabo este batallón comandado al principio por don Ramón de Artagabeitia, darían mucho material. En las innumerables acciones de guerra en que encontró, siempre era el primero a entrar al combate y siempre el último en retirarse. Al grito de *Aurrerá mutillak*, que era su grito formidable de guerra, nadie detenía el ímpetu terrible de los bravos euskaldunas, haciéndose al fin temer de una manera espantosa del enemigo.

Astiazarán y dos de sus hermanos pertenecían a la compañía de cazadores del precitado batallón. Nuestro biografiado llegó a teniente primero desde soldado en aquella época en que era sumamente difícil obtener un grado, siendo capitán D. Martín de Arribillaga. Terminada la guerra, se retiró como todos sus compañeros para dedicarse al trabajo, que el euzkaldun lo emprende con el mismo ardor y entusiasmo que sirve a su patria o a sus creencias.

En la Administración del Presidente Berro, Astiazarán aunque no prestaba servicios de guerra, fue ascendido a Capitán, como recompensa a sus sacrificios y méritos, confiándosele en compañía de D. Javier Gurruchaga el cuidado del Pontón donde se le tenía preso al general León de

Pallejas. Murió en Montevideo, apreciado por todo el mundo por su honradez proverbial. Dejó dos hijos (una mujer y un varón). La primera fue la distinguida señora del coronel Amilibia. El apodo de *Chaquetua* pusieronle sus compañeros los soldados de Zumalacárregui.

Los jefes vasco-franceses de la defensa (colorados): Don Juan Bautista Brie de Laustau

Al principio fue elegido capitán de la primera Compañía de Cazadores del Primer batallón de la Legión Francesa. Esta notable figura vasca del sitio, que había permanecido ajeno a la organización de la Legión y a las intrigas a las que había dado lugar, era el socio principal de la importante casa comercial Rivas y Francisco Brie. Era una casa de inmigración vasca que poseía barcos propios. El Dr. Juan Bautista Brie era independiente, así por su profesión como por su fortuna. Era uno de esos hombres que no capitulan y a quienes repugnan los caminos torcidos. Sabía ser a la vez altivo y modesto. Había nacido cerca de Saint-Jean-Pied-de-Port, en los Bajos Pirineos y hecho sus estudios de medicina en Montpellier.

SITIO DE MONTEVIDEO

Habiendo llegado Don Manuel Oribe, lugarteniente de Rosas al Cerrito, promontorio distante unos 7 kilómetros de la ciudad, puso sitio a esta capital en febrero de 1843 y levantándose éste en 1851, después de 8 años, 9 meses y días, firmando un pacto en el que se declaraba que no había vencedores ni vencidos.

A corta distancia de este promontorio, llamado Cerrito de la Victoria por el triunfo de Artigas sobre los españoles en tiempos de la independencia, Oribe fundó un pueblo que llamó Restauración, nombre que después de la Guerra Grande se cambió por el de Unión, en homenaje al pacto amistoso de los dos bandos beligerantes, nombre que aún subsiste.

Esta población era así como una nueva capital del país, desde que tenía su puerto el del Buceo y desde allí se regía a todo el territorio de la República. Llegó a alcanzar mucha importancia, tanto en el orden guerrero, como asimismo muy particularmente en el social, ya que en él habitaba lo más encumbrado de la alta sociedad uruguaya, realizándose fiestas de gran boato que se sujetaban a las últimas modas de París.

La Legión Francesa estaba compuesta además de varios batallones por el Regimiento de vascos-franceses, el Nº. 3.

Don Juan Crisóstomo Thiebaut fue elegido Jefe de la Legión a proposición del futuro Capitán Laphin. Thiebaut fue antiguo subteniente de artillería en Francia y en aquel momento era un prestigioso comerciante radicado de Montevideo hacía años. A su vez José Garibaldi se puso al frente de la Legión Italiana.

Los Comerciantes Franceses

El 30 de marzo de 1843, los principales comerciantes franceses pasaron a bordo de *La Glorie* para presentar al vicealmirante Massieu, que se había trasladado a Río de Janeiro para asistir al casamiento de Joinville con doña Francisca de Braganza, hija de Pedro I. Massieu era jefe de la escuadra estacionada en Montevideo. Tenemos, le decían los comer-

ciantes, establecimientos industriales no sólo en Montevideo, sino también en las riberas de los ríos del país; tenemos fondos colocados en las estancias, mercaderías vendidas a crédito en el interior del país. Confiamos en que la intimación hecha por los ministros de Francia e Inglaterra a Rosas de suspender todo acto de hostilidad contra la Banda Oriental produciría su efecto. Hoy nuestros establecimientos están abandonados, nuestros campos devastados, nuestras mercaderías dispersadas, nuestros créditos convertidos en ilusiones. Tal es Sr. Almirante, a que nos ha reducido la "invasión del territorio de la República Oriental". También llamaron la atención sobre la situación llena de peligros, en que se encontraban ellos y todos sus compatriotas.

Y así nació la Legión Francesa

Al principio del sitio, los vascos no se enrolaban. No era por falta de valor mas, como se sabe, forman ellos una raza aparte y hablan una lengua propia muy singular. El Comandante Thiebaut les dirigió un vibrante llamado: Vascos franceses: Hay hombres que os inducen a error y se esfuerzan por alejaros de nosotros en momentos en que nos levantamos en armas para defender nuestras personas y nuestras propiedades; aun más todavía, para defender nuestras esposas y nuestros hijos. ¿No sois vosotros los hijos de Francia, como lo somos nosotros, puesto que os separais de nuestra causa?

¿Por qué nos armamos? ¿Por qué hacemos la guerra al tirano que nos amenaza? Lo hacemos para recuperar el estado de paz, que es el que produce nuestra riqueza, para devolver a nuestras familias la tranquilidad de que gozaban hasta que un enemigo impío vino a turbarnos en nuestro país de adopción.

La orden del día de Thiebaut, aunque traducida y publicada en vasco no produjo todo el efecto deseado. El coronel recibió de un negociante vasco, con su adhesión al llamado las siguientes observaciones: "Pero para ello es necesario que los vascos formen un cuerpo particular, que tomen el nombre de Cazadores Vascos y del que todos los jefes y soldados sean vascos. Salvada así la dificultad que los retiene, se les verá acudir de todas partes para ofrecer el apoyo de sus brazos y de su valor".

Si Thiebaut llegara a ganar para sí al Dr. Brie y al bloc vasco, la partida estaba ganada. Entonces se dirigió a Brie y le dijo: "Vuestros compatriotas tienen en vos la mayor confianza. Si permanecéis apartado, no se enrolaran". Así fue como Brie se incorporó a la Legión y el elegido Capitán, pasando al poco tiempo a comandar como coronel Jefe del batallón Nº 3; (el batallón de los vascos).

El batallón Nº 3 de los vascos franceses

El 8 de abril de 1843, fecha de la proclamación dirigida por Thiebaut a los vascos era domingo. Este día a las 2 y 30 de la tarde, los tambores de la Legión tocaron a reunión. Hubo asamblea de reclutas en la barraca del norteamericano Fides, en la calle Rincón. Eran 800 y muchos no fueron por no tener armas. Al frente de cada compañía Thiebaut proclamó los nombres de sus oficiales los que fueron acogidos por bravos y vivas.

Aclamando a su vez por los oficiales que acababan de ser promovidos el coronel Thiebaut pronunció con acento emocionado y fuerte voz las frases siguientes:

"Los descendientes de los Cántabros, los compañeros de armas de la Tour d'Auvergne, los compatriotas del bravo general Harispe, probarán que son tan valientes en las orillas del Plata como lo han sido en las riberas del Bidasoa".

Y a continuación rompiendo la marcha los tambores, el regimiento recorrió la calle que limitaba el fuerte la plaza independencia y calle Ciudadela, para regresar luego a la plaza de la Matriz, por la gran calle del Cordón o calle Nueva (hoy 18 de Julio).

Como uniforme llevaban los vascos la chaqueta redonda con pastrón; tanto la chaqueta como el pantalón son azules tocados de boina roja. En todo, la cartuchera está sujeta con un ancho cinturón de hebilla delantera. Los músicos tienen una capota en paño azul, cuello celeste como el kepi, ambos con galón plateado y como arma el sable derecho.

Los elegantes habían obtenido formar una compañía que llamaban *La Coqueta*; llevaban el gorro colorado con franjas amarillas y una chaqueta azul con vueltas amarillas. El capitán se llamaba Etchegaray. También formaban parte de esta compañía los hijos de los Vaillant, de los Isabelle, de los Supervielle, etc, etc.

Este batallón de los vascos franceses ocupó durante todo el sitio, la barraca de Manuel Errazquin situada en la hoy avenida 18 de Julio entre Rio Branco y Julio Herrera y Obes, lado sur. El arsenal daba sobre esta última calle.

Capitanes y número de componentes de cada compañía:
La compañía: Hipólito Brie con 130 soldados. 2ª compañía: Labadie con 129. 3ª compañía: Oyhernad con 156. 4ª compañía: Cazeau con 119. 5ª compañía: Elizondo con 54 y 6ª compañía: Mehau con 71. Durante la existencia de 8 años y 9 meses quincenalmente, cada cuerpo, debía mandar el por menor de su contingente para la repartición de las raciones.

Los oficiales superiores Thiebaut y Brie iban a caballo. Llevaban kepi azul con banda roja y ribetes blancos, el pompon blanco. La chaqueta de caballería de paño azul, adornos rojos con ribetes blancos; cuello azul con galón de oro. Pantalón azul con bandas de oro. El sable de caballería derecho.

El uniforme de los oficiales del Estado Mayor es también azul; llevan el frac con aldetas y el pantalón blanco en verano.

Los jefes del Batallón tienen el mismo uniforme que sus soldados: llevan una blusa azul oscuro y un pantalón del mismo color, de paño en invierno, de tela en verano. Los oficiales llevan un kepi cuyo color varía: rojo con banda azul para las compañías de ganaderos; azul con banda roja para los fusileros; azul con banda amarilla para los cazadores o tiradores. Los hombres de la tropa han conservado el schako para las grandes ocasiones y llevan la boina azul para el tiempo ordinario.

En los últimos meses de 1843 el 3er batallón (de los vascos) que como dijimos antes ocupaba (independientemente de los demás batallones de la Legión, situados a varios cientos de metros del anterior) la calle 18, (actual principal avenida de Montevideo), contruyó la última batería de la línea exterior, llamada Batería de las Bolsas, en un sitio ocupado actualmente por el Ministerio de Salud Pública (actualmente a pocos pasos de la Universidad y de la Biblioteca Nacional; centro estratégico de la ciudad).

El 1º de enero siguiente tomó el nombre de Batería de la 2ª Legión (como comprobamos este batallón de los vascos con sólo la cuarta parte de los componentes del resto de la

Legión francesa, le correspondió el insigne honor de ocupar no sólo un lugar destacadísimo en la defensa de la ciudad situada por Oribe, sino de llevar por sí solo el nombre de la Legión). Los zapadores de los vascos llevaban el gorro de piel, la blusa, el delantal, el hacha y el sable puñal. Fueron mandados por el capitán Gielis hasta la muerte, acaecida el 6 de setiembre de 1848.

La mayor parte de los voluntarios vivían en sus casa. Pero a la hora del ejercicio y antes de irse al servicio, se reunían en el cuartel, que era para los batallones 1º, 2º y 4º la barraca de Mariano Pereyra, situada entre Mercedes y Colonia, Andes y Convención. Calle por medio con esta barraca del otro lado de la calle Andes, se hallaba acuartelada la Legión Italiana.

Por turno, un batallón a veces dos, pasaba la noche en la línea de fortificaciones, en barracones húmedos y fangosos, que el Estado había hecho construir en julio de 1843. Estaban expuestos a las lluvias y a las cerrazones o entumecidos por el frío, durante la mala estación. El invierno de 1843, particularmente, fue excesivamente riguroso. La mayor parte de los voluntarios no tenía ni abrigo ni capote; por eso no es de extrañar que muchos de ellos contrajeran enfermedades incurables y que un gran número muriera de esas enfermedades. Por turno, también, hacían el servicio de escuchas o centinelas, a unos 800 ó 900 metros de las fortificaciones.

A la aurora, el batallón de servicio partía en reconocimiento, hasta unos 1.800 metros antes de la línea externa, después volvía sobre sus bases y se instalaba para el resto del día.

Las raciones

El 19 de abril de 1843 a las dos de la tarde, Oribe llegaba a las puertas de la ciudad, a la cabeza de 7.000 hombres, apoyados por 30 bocas de fuego. Anunció su llegada con 21 disparos de cañón. Por medio de la prensa, Thiebaut había llamado a los carniceros, panaderos y al comercio en general a licitación para el suministro de charque suelto o en barriles, porotos, arroz, vino de Bordeaux, caña, tabaco, leña y otros abastecimientos. Todo debía ser de buena calidad. Pero como los abastecedores no querían vender al fiado, no abriendo sus cajas al Tesoro Público sino dos veces por mes, tuvo el coronel que aceptar las raciones de Esteban Antonini, el abastecedor estadual.

Los legionarios, especialmente los oficiales, vivieron por lo pronto de sus propios fondos. Fue sólo cuando ya habían agotado casi todos sus recursos, asegura José Lefebre, que los voluntarios aceptaron las raciones. En enero de 1844, Thiebaut escribía al Ministro de la Guerra que los oficiales exceptuando Brié, no tenían con qué comprar sus uniformes. Al fin del mismo año, un buen hombre, el capitán Cazeaux, mandaba este aviso al *Patriote Francais*: "Varios oficiales no teniendo las condiciones propias para preparar sus comidas, acuden a fondas donde se pide de pie, además de la ración de 4 a 6 pesos por mes. Como todos menos agotado nuestros recursos, el capital Cazaux abre una fonda, en la que los oficiales serán admitidos sin otra retribución que sus raciones".

Los coroneles recibían tres raciones, dos los oficiales, zapadores, músicos, y obreros, una los soldados solteros. Los casados recibían dos raciones y media ración para cada hijo. Los solteros y cuantos poseían algunos haberes se abstuvieron todavía mucho tiempo antes de aceptarlas: iban estas a los compañeros más necesitados o quedaban en depósito.

Con esas economías se ayudaba al hospital y se compraron los instrumentos de la banda de música.

Ni oficiales ni soldados recibían sueldo. Las raciones consistían en un pan de una libra o galletas, un cuartillo de vino, 7 onzas de garbanzos, porotos o arroz y una libre de charque o de arenques, y leña "siempre insuficiente para cocinar este charque".

El ganado llevado a Montevideo al aproximarse al ejército invasor, abasteció las carnicerías apenas algunos meses. Algunos barcos de cabotaje hacían a la vela, de contrabando y por cuenta del gobierno, a proveerse de carne en Moldano o en Santa Lucía (zonas limítrofes a Montevideo). Pero incluso esa providencia vino a faltar desde el fin de 1843. La carne fresca se hizo muy escasa y cara; se pagaba a precio de oro un trozo de caballo o de mula, muertos en la línea de combate. Llegaron al extremo de matar perros. El mismo tasajo llegó a faltar y en su lugar, se repartió media onza de grasa. Sucedió lo mismo con el pescado fresco, aunque la bahía de Montevideo es abundante de pesca. El bagre, en especial, tan poco apreciado por su gusto limoso, prestó servicio a los asediados.

A fines de 1844, se hizo un llamado a los pescadores de la Legión, para que así aumentaran las provisiones por poco que fuese, por lo menos para los heridos y enfermos. Pero la flotilla de Brown los perseguía sin piedad y se exponían, si eran prendidos, a ser ahorcados en las vergas de las goletas al servicio de Rosas. Sin embargo los voluntarios, César Laroche y Tomás Roya consiguieron el permiso de pescar dentro de la bahía del puerto de Montevideo.

Las legumbres, bastante escasas, puestas en venta en el Mercado eran arrebatadas por los abastecedores de las escuadras extranjeras. El habitante y el soldado tenían que contentarse con judías secas, arroz, harina o malísimos porotos. No siempre había de estos. Cuando de noche, los soldados volvían de la línea, abrumados de fatiga y a veces empapados "no encontraban para rehacerse, dice Lefebre, sino un potaje sin carne o un plato de porotos, de los cuales los gorgojos habían comido la mayor parte".

El Hospital Militar Francés

La Legión de Voluntarios tenía su organización propia, vivía su propia vida y no tenía que remitir cuentas más que al Comandante de Armas. Si se tiene en cuenta, por otra parte, que el hospital, fundado por la Sociedad Filantrópica de Damas Orientales, rebosaba de heridos y enfermos, parece natural que los Jefes de la Legión desearan establecer uno para sus voluntarios.

Thibeaut había recibido la siguiente carta.

"Sr Coronel:

La inmensa mayoría de los Franceses residentes en esta capital ha creído de su deber tomar las armas y organizarse en guardia nacional para la defensa de una causa que sus componentes consideran que es la de justicia y la civilización.

Los médicos franceses domiciliados en esta capital creerán faltar su deber si no se asociaran a un movimiento, en el que se han comprometido sus compatriotas, y en circunstancias en que sus servicios pueden ser útiles a la humanidad. En consecuencia se ponen en su entera disposición para todos los casos en que sea necesario su ministerio: la población francesa puede contar con su celo y consagración..." (siguen las firmas).

Más tarde, los médicos doctores Nolle, Peixoto y Capdehourat (años mas tarde, pasado a las filas de Oribe)

ofrecieron también sus servicios. El farmacéutico Lenoble ofreció a bajo precio todos los remedios necesarios.

El gobierno Oriental puso a disposición de la Comisión Médica de la Legión un vasto inmueble, que ofrecía ventajas económicas. Era la casa recientemente construida por don Juan María Pérez, cuya fachada éste daba sobre el entonces mercado viejo (hoy la principal plaza de Montevideo). Es la casa donde estuvo hasta hace poco Caubarrere. En aquella época estaba terminada sólo la obra mayor. Los últimos trabajos fueron confiados a un francés, Juan Pedro Cardeilhac, 2º arquitecto de los trabajos de fortificación, quien lo nombró ingeniero de la Legión (1º de Agosto). Se debe a él un documento precioso: el plano de Montevideo de 1847.

Los heridos desde un principio ocupaban sólo los pisos superiores y se quejaban que se bailase en el piso de la calle ocupado por un café hasta una hora avanzada los domingos y días festivos.

El personal del Hospital estaba compuesto así: Director; Augusto Portal Cirujano Jefe; Dr. Martín de Moussy. Cirujano Ayudante; Dr. Brunel, Médico Dr. Naquet, Framaucetico; Dutheil; Administrador; A. Deleyderrir, Capellán; Presbite. T.Dessombres. Una persona que puede ser Thiebaut o el Dr. Martín de Moussy escribió en el *Patriote Francais* dos artículos en forma de cartas, dirigidas a las damas francesas de Montevideo, en las que hacía un llamado a sus sentimientos y les proponía la formación de un grupo de enfermeras, como lo había hecho la Sociedad Filantrópica. Las primeras en responder fueron las señoras Duty, Vassal y Grossin, prima del Coronel. La señora Viglezzi contestó a la invitación en muy hermosos términos; concluía así: "A ejemplo de las dignas hijas de San Vicente de Paul, acepto llenar noblemente las santas funciones a que se me haga el honor de llamar".

Entre las enfermeras que adquirieron derecho a la gratitud de los legionarios, se debe citar a las siguientes: señoras de Lafont, Lambert, Bernier, Dussurgey y Roque. Se debe mencionar especialmente a la señora Heude, viuda de un oficial de marina francés, el cual había perdido toda su fortuna en negocios emprendidos en el Río de la Plata. Sus maternales cuidados le valieron el nombre de "mamita" que le fue dado por los hospitalizados. En 1851, cuando se hizo la paz, estaba todavía en el Hospital Francés como única enfermera.

La comisión de Salud se reunió el 15 de mayo, a mediodía en el Hospital adonde habían sido convocadas todas las personas de buena voluntad que ofrecieron sus servicios. Se decretó la formación de la ambulancia. Los sres. Naquet, Bruland y Dutheil marcharon en las filas de los Voluntarios. Se ocuparían de las primeras curas y, bajo su dirección, los heridos serían colocados en carretas acolchadas y enviados inmediatamente al Hospital. Los sres. Deleyderrir y Baurin recibirían los donativos.

El Hospital abrió sus puertas el 2 de junio para recibir los primeros heridos. El hospital era necesario amueblarlo y proveerlo de ropa blanca. Su alquiler fue gratuito. Personas generosas ofrecieron algunos artículos, pero eran generalmente objetos usados, de manera que el 19 de febrero de 1844, el Doctor Martín se vio obligado a dirigirse al Ministerio de Guerra para solicitar que una parte del material renovado. Además de frazadas, sábanas, etc. pedía 40 camas y 70 colchones.

Era necesario mantener además, a los médicos, cirujanos, enfermeros y personas de servicio. Se necesitó también, al menos durante el primer año, pagar los sueldos de éstos últimos. Los heridos y los enfermos eran cada vez más numerosos, a medida que los efectivos de la Legión aumentaban.

Durante más de un año, nuestro Hospital debió recibir también los heridos y los enfermos de la Legión Italiana, tanto que, en la Navidad de 1843, se vio obligado a ocupar los desvanes de la casa de Pérez para recibir a todos los que se presentaban.

Para responder a todas estas necesidades se requerían abundantes recursos. El Ministerio de la Guerra remitía cada 15 días al administrador del Hospital, una cotización de \$ 120.00, suma que pronto fue elevada a \$ 150.00. a pedido de Thiebaut y que provenía de la lotería. El Ministerio pagaba también las cuentas de la farmacia y proveía algunos artículos alimenticios.

El coronel Pacheco, quien visitaba a menudo a los hospitalizados, dejaba también pequeños socorros en dinero. Eran los últimos recursos de estos bravos que se despojaban de su dinero para endulzar la suerte de los soldados.

Algunos de la Legión que eran un poco artistas, fundaron en diciembre de 1843, una sociedad Filodramática de Aficionados, para aumentar los recursos del Hospital y cada vez se llenaba el recinto del Teatro de Comedias. Pero todos los gastos absorbían los ingresos.

La infausta jornada del 24 de abril de 1844

Al alba, se llamó a las armas y a las 8, una columna de 800 hombre, con 5 piezas de artillería, avanzaba hacia las Tres Cruces y la Gallinita (límite exterior del campo sitiado) bajo las ordenes del Coronel Correa, jefe de Estado Mayor. En el paraje donde se encuentra actualmente el Hospital Italiano, se habían colocado tres cruces de madera, en el sitio donde había sido cometido un triple asesinato; de ahí el nombre de las Tres Cruces.

El primer batallón debía apoderarse de los puestos de la derecha, el 2º (a las órdenes del capitán Choffel) de los dos de la izquierda. Una falsa maniobra o una orden mal entendida (el *Patriote francais* atribuía en parte la causa del desorden al hecho de que varios de nuestros hombres, aún oficiales no conocían todavía bien el español), hizo que convergieran hacia el centro y llegaron al mismo tiempo despaciosamente a la meseta de las Tres Cruces, donde se encontraron inopinadamente. Una confusión instantánea fue el resultado de ese encuentro. En su afán de perseguir al enemigo, los Legionarios rompieron filas y se entremezclaron sin que les fuera posible a los oficiales contenerlos. El enemigo al mando del coronel Maza apercibiéndose de este desorden y queriendo aprovecharse de él, lanzó con su impetuosidad *el batallón de los vascos de Oribe*, que aún estaba en reserva. Entonces el combate se volvió encarnizado; de una y otras parte se desplegó un gran ardor. La ventaja fue para las tropas del Cerrito, que combatían sobre su terreno, del cual conocían todos los accidentes, en tanto que los Legionarios, de los cuales una gran parte nunca habían salido de la ciudad, ignoraban donde se encontraban.

Entonces el General Pacheco, que de su puesto de observación vio el peligro, dio la orden de retirada, pero esta orden mal transmitida por el ayudante fue un nuevo peligro para los Legionarios, porque habiendo sido dada a las compañías de reserva, las compañías atacantes al retirarse no hallaron dónde apoyarse y la retirada se transformó casi en una derrota.

Queriendo hacer menos desastrosa esta retirada, en la que siempre estábamos de frente al enemigo, el general

Pacheco hizo avanzar los cañones y el capitán Bartolomé Mitre (futuro presidente de la Argentina y uno de sus mas grandes próceres, había llegado a Montevideo en 1838) acudió con la batería que él mandaba. Pero el joven comandante reconoció enseguida la imposibilidad de poder hacer uso de sus cañones, porque mezclados como estaban con el enemigo, se hubieran expuesto por lo menos tanto de los nuestros como aquellos a quien combatimos. El coronel Thiebaut acudió también sobre el borde del arroyo que corre hacia la Estanzuela, donde se hallaban colocadas dos piezas de artillería de la Legión y con estentórea voz gritaba: "A la metralla, camaradas, a la metralla", y casi simultáneamente estalla una terrible detonación de las dos piezas.

El camino (por donde en pendiente rápida descendía la infantería de Oribe) fue barrido. Entonces los Legionarios vuelven a tomar la ofensiva y siendo arrojados más allá de los puestos de avanzada los enemigos, la persecución cesa. En verdad, el coronel Thiebaut tenía una rara sangre fría y un seguro golpe de vista, adquirido en los combates hacia el fin del primer Imperio francés.

La Legión quiso volver al combate pero el coronel Pacheco se opuso. Este combate de las Tres Cruces costó muchos muertos y heridos. Un destacamento importante, cortado del grueso de la tropa, procuró escapar por la quinta de Castell, pero fue hecho prisionero y sus integrantes degollados.

Esta jornada del 24 de abril fue la más mortífera del largo sitio de casi 9 años que Alejandro Dumas comparó con el sitio de Troya.

Un carro de asalto malogrado

Para esa jornada se había proyectado por un ingeniero francés un carro de asalto quien venía ocupándose de su construcción desde los primeros días de ese año 1844. El taller estaba situado en las cercanías de la plaza Cagancha entre las calles Mercedes y Colonia (a unos 500 mts. de las murallas campo afuera). Imaginaos un gran cofre volteado al estilo de esos grandes cajones en los que recientemente venían de Estados Unidos los autos, hechos en gruesa madera de pino, de 15 mts de largo, 7 de ancho y 5 de alto, movido por 6 ruedas pesadas colocadas en el interior con sólidas llantas, ejes y clavijas de hierro.

El interior estaba dividido en dos compartimentos; el posterior estaba reservado para 16 mulas de tiro y sus jinetes; el delantero llevaba 70 tiradores que debían hacer fuego sobre el enemigo por troneras.

Encima de esta fortaleza ambulante y protegidos por un parapeto, 6 cañones montados como las piezas de marina, es decir dispuestos para tirar en todas las direcciones. Esta máquina infernal como se la llamaba debía ir precedida de una compañía de zapadores con el propósito de dirigirse hacia el Cerrito por el camino de las Tres Cruces. Un buen día, una vez construida la máquina con gran jolgorio de los desocupados, se ve demoler la puerta del taller y la máquina o tanque (como ahora se llama a los artefactos de la guerra moderna), saliendo por la calle Colonia, toma la de Yanguarón y sigue por la calle 18 hasta el portón del Centro, encontrándose con que hubiera sido necesario echarlo abajo así como una parte del muro del recinto, para dejarla pasar. Pero no se dieron ese trabajo, porque comprobaron que el tanque tenía dos graves defectos que lo hacían inutilizable: la dificultad de su locomoción y sobre todo su vulnerabilidad. Cualquiera se equivoca.

Libro de oro de la Legión y de los Cazadores Vascos

Ligera reseña incompleta de nombres recogidos del *Patriote Français*, de los años 1843 y 44 muertos por la patria uruguaya. Entre otros legionarios los siguientes de apellido vasco: Berrouet, Garrot, Ycouriberry, Yriart, Etchart, Sagarchry, Saldumbide, Arsoudehere, Lacroix, Etcheberry, Aparain, Etcheharay, Beguistourry, Currutchet, Amestoy, Cazcaux, Hiriart, etc.

El panteón de los Legionarios en el Cementerio Central

Quince años hacía que la paz estaba firmada y veintidós (1866) que se había dado el combate de Tres Cruces. El general Flores y aquellos que con él habían defendido Montevideo, volvieron al poder. Juzgaron que no podían dar a sus antiguos compañeros de armas, los legionarios franceses, mejor manifestación de solidaridad, de fraternal camaradería y gratitud que procurando descubrir los gloriosos restos de los héroes del 24 de abril del 44, con el fin de tributarles los honores fúnebres y sepultarlos en lugar decente.

Se sabía que los oficiales y soldados muertos aquel día en el campo de honor así como sus malogrados hermanos hechos prisioneros, degollados y desfigurados habían sido enterrados no muy lejos del campo de batalla, en una zanja común poco profunda.

El jefe político de Montevideo, ex soldado de la Defensa, Manuel M. Aguiar, mandó buscar esos restos. Se hallaron después de dos meses de trabajo cerca de la quinta de Camilo Carrasco, más o menos donde se cruzan las avenidas Artigas y 8 de Octubre, 62 esqueletos de hombres, de los cuales 30 con cabeza cortada al tronco. Cuarenta y tres pertenecían a los Legionarios franceses y vascos; los otros pertenecían a los Orientales del Batallón Unión.

Unidos en la muerte, debían estar unidos en la tumba. Algunos nombres de los vascos son los siguientes:

Capitán: Jean Baptiste Adam de San Juan de Luz;
Prisionero degollado

Soldado: Jean Bidegain; Prisionero degollado

Soldado: Jean Tafernaberry; Prisionero degollado

Soldado: Bernard Darrás de Hasparren: 40 años;
Prisionero degollado

Soldado: Jean Duhalde de Hasparren: 24 años;
Prisionero degollado

Soldado: Jean Agatagaray de Hasparren: 24 años;
Prisionero degollado

Soldado: Jean Lecumberry de Hasparren: 20 años;
muerto

Obtenidos esos sagrados restos el mismo Aguiar a quienes los vascos debemos eterna gratitud, enviaba al Ministro del Interior un largo informe, en el cual exaltaba la abnegación de esos bravos extranjeros, quienes habían consagrado varios años de su vida adoptiva. Concluía así: "La población extranjera, nuestra hermana, bien podemos llamarla así, verá, por este homenaje, que hemos sabido honrar la memoria de aquellos que han luchado por nuestra defensa e independencia. De este modo la posteridad sabrá que aquéllos que mueren por una santa causa inmortalizan su nombre y adquieren la gratitud de los buenos patriotas".

Los restos de los 62 bravos de Tres Cruces fueron depositados, por unos días, en la Policía Central. Al enterarse por la prensa de Montevideo, el biógrafo de Thiebaut, que se había retirado a Gualeguaychú, en Entre Ríos, escribió 4 días después a su compatriota Adolfo Vaillant, gerente de *El siglo*.

“El propósito de haber recuperado esos restos, que honra a su iniciador don Manuel Aguiar, ha excitado un vivo sentimiento de gratitud en el corazón de todos los legionarios franceses de Entre Ríos y varios compañeros amigos ante este hecho me han encargado de expresar a don Manuel Aguiar, por medio de la prensa, sus agradecimientos muy sinceros por este rasgo de nobleza. Alejados del antiguo teatro de sus glorias y de sus padecimientos los viejos Legionarios, hoy día esparcidos por todas las provincias del Plata pueden acompañar los restos de tantos valientes, que han sucumbido en las Tres Cruces el 24 de Abril del 44; pero no por eso dejan de verter siquiera una lágrima al recordar a aquéllos que han sido sus camaradas y cuyas cenizas serán depositadas en un modesto panteón, el cual evocará sus nombres”.

Después de un último adiós a su amigo Mardelle con quien había combatido en las barricadas de 1830 en Francia, el biógrafo de Thiebaut, J. Lefevre termina con estas palabras: “Voluntarios franceses, alabanzas y glorias a vuestra valentía; habéis cumplido vuestro deber de ciudadanos del Universo. Gualeguaychú, 26 de Febrero de 1866”.

Los esqueletos fueron colocados en dos grandes cajones de plomo y éstos encerrados en ataúdes de caoba. Fue preciso para transportarlos al cementerio encargar un carro fúnebre especial. El entierro fijado para el martes 24 de abril de 1866, día aniversario fue aplazado hasta el domingo siguiente, para que los obreros y artesanos pudiesen cumplir el deber de acompañar a sus antiguos camaradas.

A pesar del mal tiempo, miles de personas escoltaron el carro fúnebre, adornado con banderas francesas y orientales. El entierro se puso en movimiento a la hora 13. Rendía honores la policía de a pie, un piquete de artillería, un escuadrón de caballería, un destacamento de marina francesa y el batallón *Libertad*, bajo las órdenes del coronel Gregorio Conde, quien mandaba el batallón *Unión* en el combate de Tres Cruces.

Marchas fúnebres fueron ejecutadas por la banda de la fragata *L'Astré*. Se notaba entre la asistencia, las autoridades civiles y militares del país, el almirante Chaigneau con su Estado Mayor, el Encargado de Negocios Maillefer, en fin una multitud de personas de la mejor sociedad.

En la rotonda del cementerio se cantó solemnemente el responso. Este concluido, el cortejo se dirigió a la tumba del coronel Thiebaut (Nº 167), que se había ampliado para recibir los restos de sus antiguos camaradas. Sobre la pared al fondo de la bóveda, se leen estas palabras, inscritas en la argamasa: “*Ici repose J.C. Thiebaut; Colonel de la Légion étrangère a Montevideo*”. A cada costado sobre caballetes de hierro, descansan en cada uno un cajón conteniendo en conjunto los restos de los 62 muertos. Además se encuentran cuatro urnas, conteniendo los cuerpos reducidos del capitán de volteadores vasco, Jean Hegoburu, muerto el 20 de junio de 1892 a la edad de 73 años; del Dr. Lorenzo Lons, cirujano del Regimiento Vasco, muerto el 1º de Diciembre de 1888 a la edad de 84 años; este médico llegó a ser cirujano mayor y teniente coronel en el Ejército Oriental; se distinguió sobre todo por su coraje y abnegación durante el cólera morbo de Mercedes (1868) cuando quedó solo con el Dr. Evia para tratar a los coléricos. Las otras dos urnas corresponden a Dominique Paravis, muerto el 16 de diciembre de 1894 con 76

años de edad y del capitán Jacques Maillard, cuyos restos fueron transportados allí el 30 de marzo de 1917.

Los oradores fueron el Ministro Lorenzo Batlle; el Dr. Antonio Francisco Vidal, vice-presidente de la República, en nombre del general Flores, entonces en el Paraguay entre otras cosas dijo: “Eran hijos de la noble Francia, entusiastas de todos los sentimientos grandes y generosos. Derramaron su sangre para defender su derecho y la independencia de nuestra patria”.

Se cuenta que los Escitas, pueblo guerrero de la antigüedad, antes de marchar a la guerra, iban a inspirarse sobre la tumba de sus antepasados. Un día aquí también vendrán a arrodillarse aquellos que quieren saber cómo se bató y cómo se moría por la Libertad, en la inmortal defensa de Montevideo.

A su vez el Sr. Adolfo Vaillant, gerente del diario *El Siglo* como dijimos antes se expresó en frances así:

“Esos trabajadores, esos obreros, esos negociantes, seguramente, no habían venido a estas regiones para luchar y hacer la guerra. Pero, cuando el hombre se ve atacado en sus derechos más sagrados se subleva, protesta, se exalta y ocurre que no halla otro medio para defenderse, sino recurrir a las mismas armas de sus enemigos. Es el caso de legítima defensa. Y si encuentra en su camino otros oprimidos, presas de los mismos atentados, se junta a ellos. Todas esas banderas se reúnen en una, la de la libertad, a la sombra de la cual todos vienen a abrazar el pabellón de la patria común, que es la Humanidad...”.

Pierre Beguerie por último, ex-capitán de granaderos del Batallón Nº 1 de la Legión Francesa, en pocas y ardientes palabras agradeció a Manuel Aguiar por su hermoso gesto y lo abrazó.

Este regaló algunas cartucheras que se habían encontrado en la zanja común. Algunas las dio al Almirante Chaigneau y al Sr. Maillefer; el resto las envió al Museo Historico Nacional. Las cartucheras contenían balas. Don Manuel Aguiar a su vez, recibió una medalla conmemorativa del día, mandada confeccionar por los ex-legionarios.

Reconstrucción del panteón y nuevo reconocimiento del Gobierno Francés

No está demás observar que el gobierno francés por razones de diplomacia frente a Rosas, siempre desautorizó esta organización, hasta el punto de que la Legión usaba el pabellón francés, endosado con un atributo para restarle carácter nacional francés.

Habiéndose deteriorado este primitivo panteón, 43 años más tarde fue reconstruido. Correspondió a un nieto de saboyanos emigrados don Federico Paullier tomar la generosa iniciativa, convocando a algunos de sus paisanos en el local de la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, en la calle Arapey (hoy Río Branco). La reunión tuvo lugar el 2 de febrero de 1905. F. Paullier fue encargado de mandar a los hijos de Legionarios una circular par solicitar su adhesión. La contestación más interesante fue la de un sobreviviente del Regimiento vasco. La carta fechada en Cuareim en la frontera del Brasil está escrita por una mano trémula: se llamaba Pierre Tafarnaberry, hijo de Juan, uno de los mártires del 24 de abril. El 31 de julio, la Comisión se constituyó definitivamente: Pde. de Honor; J. Batlle y Ordóñez; Pte; Dr. J. Campisteguy; vice-pte. F. Paullier Tesorero; B. Bonnat; Vocales; C. F. Laborde Dr. J. Paullier; Dr. E. Milhas; G. Bocage. Esta comisión fue la que reconstruyó el panteón sobre la cual

se colocó una placa con la siguiente inscripción: "A LA MEMORIA DE LOS CORONELES JUAN C THIEBAUT Y JUAN B BRIE QUE AL FRENTE DE LOS DENONADOS VOLUNTARIOS FRANCESES LUCHARON POR LA LIBERTAD E INDEPENDENCIA DE LA R.O. DEL URUGUAY EN LA HEROICA DEFENSA DE MONTEVIDEO. 1843 – 1851". La inauguración se fijó para el domingo 20 de diciembre de 1909 a las 10 de la mañana, con motivo de la presencia en nuestras aguas de la escuadra francesa compuesta por los acorazados *La Marsellaise*, *La Floire*, *Le Gueydón* y *Le Dupetit-Thouars*, bajo las órdenes del vice-almirante Aubert. 200 marineros bajaron a tierra y además presenciaron la ceremonia la hija del C. Thiebaut, sra. de Villegas, el ministro de R.E. Bachini, el de Guerra general Vázquez, los comandantes de los cruceros franceses, senadores, diputados, etc. El batallón de infantería Nº 1 hacía los honores. Pronunciaron discursos Oscar Hordoñana, F. Paullier, V. Flores, J.L. Martínez, W. Paullier y el Prof. Grimau.

El Ministro de Francia A. Kleczowski pronunció los siguientes conceptos:

"Ante la majestad de la tumba, las pasiones que han agitado la vida, el eco lejano de las voces de tonos naturalmente discordiantes, expresando opiniones contrarias, delibitantes, atenuándose y acaban por desaparecer. Lo que subsiste, lo que pasa por entre los espíritus como un hábito puro, es el encanto del recuerdo, de un recuerdo muy conmovedor, pues no evoca sino pensamientos de energía, sinceridad y abnegación. Esas disposiciones, donde quiera las encontremos, toman con el tiempo, un carácter de serena elevación".

La serie de discursos fue cerrada por Jaurés, comandante de la *Gloire*. Hablando en nombre del vicealmirante que, por instrucciones superiores siguiera viaje para Buenos Aires, en nombre también de sus colegas y de la escuadra el orador recuerda los lazos históricos, que unen Francia al Uruguay, donde se han batido tantos héroes franceses, no sólo para defender el suelo, sino por ideales más altos y más sublimes: el derecho, la justicia, la libertad.

El comandante Jaurés, inclinándose entonces delante de Mme. Villegas, le besó la mano. Este gesto era el de toda Francia, viniendo a decir al coronel Thiebaut y a sus Legionarios, al borde de su tumba: "vuestra patria os aprueba al fin y comprende ahora que vosotros habéis defendido su honor en el Plata".

Fuentes de información: Claudio Maria Braconnay, Abdón Arosteguy, Aquiles Oribe, etc., etc. y cosecha propia.

Un militante de la II Guerra Carlista en el Uruguay

El Ing. Serapio de Sierra fue uno de los tantos militantes carlistas que llegaron a Montevideo durante y después de terminada la II guerra carlista. Nació en Durango en el 1842. En su juventud, se dedicó don Serapio de Sierra a la arquitectura y desde 1870 al 74 ocupó puestos descollantes en el ejército carlista, habiendo dirigido el desembarco de armas en el puerto de Ondarroa del vapor *Ville de Lyon* y montando las primeras piezas de artillería que recibieron los partidarios de don Carlos de Borbón. Estas piezas fueron hechas con las campanas que requisó de las ermitas vecinas. Fue ingeniero de minas de las provincias de Vizcaya, Alaba y Guipúzcoa y ayudante del general Andéchaga en el sitio de Bilbao.

Disuelto el ejército de don Carlos, con muchos otros jefes carlistas emigró a América, viniendo a Montevideo, porque había sido fundado por su paisano don Bruno Mauricio de Zabala.

Llegó a esta capital el año 1876 con recomendación para la familia Yackson emparentado con descendientes de Larrañaga, por lo que se vinculó enseguida con los más prestigiosos miembros de la Sociedad Laurak-Bat, contribuyendo a la compra del campo euskaro de la ex-quinta de don Manuel Oribe en los alrededores de la ciudad. Inició con don José M. Carreras, su paisano vasco de cepa intelectual, un magno proyecto de irrigación por medio de un canal de 70 kilómetros de longitud que denominó "canal Zabala" en homenaje al fundador de Montevideo, proyecto del cual hizo una pequeña muestra seccional en el propio campo euskaro donde se realizaban regatas al estilo vasco y que dio lugar a largas discusiones parlamentarias durante muchos años y al último no se llevó a cabo. Desarrolló una serie de iniciativas de gran importancia para la vida económica del Uruguay, construcción de molinos, planeamiento de varios ejidos de pueblos etc. etc.

Homenaje de Ispoure (Benabarre) al Coronel Brie de Laustan

El 12 de mayo de 1936, el Consejo Municipal de Ispoure se dirigió a Dña. Tomasa Brie de Costa, ciudadana uruguaya de noventa años de edad, radicada en Montevideo en los siguientes términos:

"Izpurua, mayo 12 de 1936. El Consejo Municipal de Izpura, reunido con motivo de la renovación de sus miembros, ha tenido conocimiento del movimiento en preparación para rendir un homenaje a la memoria del coronel Brie de Laustan, héroe de la Independencia Uruguaya, y se complace en expresar a doña Tomasa Brie de Costa (hija del coronel Brie) el orgullo de la pequeña comuna de Izpura, cuna de esa familia de campeones de la libertad. Ruega acepte sus respetuosos homenajes, y hace votos por su salud. Firmado – J.B. Haramburu – alcalde".

La aldea de Ispoure (Izpura) está situada cerca de San Juan de Pie de Puerto, en la Baja Navarra. Allí nació el padre del ex-presidente de la R.O. del Uruguay doctor Campisteguy, en cuya memoria se ha erigido un hermoso frontón gracias al aporte de los vascos de Montevideo.

La leyenda del Castillo de Laustán

Hace unos 38 años (1910) la casa del Coronel Brie de Laustan era ya un viejo castillo en ruinas. Transformada en casa de labranza llevaba el nombre de caserío de Laustania. Izpura está situada al pie del monte Arradoy y frente al monte Jara, no muy lejos de la entrada de San Juan de Pie de Puerto. Allí los desfiladeros del Nive presentan unas tras otras en cada recodo, perspectivas muy movedizas. En ese mismo sitio, en el centro del río torrentoso, surgía aún una enorme piedra que tiene su leyenda relacionada con el castillo Laustania.

Esta leyenda, muchos han de recordarla en Benabarre y en ella intervienen una especie de sirenas, unos monstruos fabulosos que los vascos llaman *Laminak*.

He aquí la leyenda: hace mucho tiempo, unos 200 ó 300 años, al señor de Laustania (Laustan), le parecía que su castillo no correspondía a su rango. Era demasiado pobre. Las paredes no resistían ya a la acción del tiempo, y pidió a los *Laminak* que le construyesen una nueva morada.

Los *Laminak* accedieron con mucho gusto al pedido: pondrían manos a la obra, y pronto surgiría otro castillo digno de su estirpe. Prometían terminar las tareas "antes del primer

canto del gallo posterior al toque de medianoche". Naturalmente, los *Laminak* imponían una condición: como retribución por esa construcción tan rápida, pedían el alma del señor de Laustania quien accedió a ello.

Al caer la tarde, los *Laminak* ya iniciaron la obra. Tallaron hermosas piedras rojas, sacadas de las canteras del monte de Arradoy, a cuyos pies estaba el castillo. Formando una larga hilera, los *Laminak* pasan las piedras de una mano a otra, diciendo en voz baja: "Toma, Manech — Apresúrate, Manech — Pronto, Manech". Y la obra seguía vertiginosamente.

Desde lo alto de la escalinata, el Señor de Laustania contemplaba los movimientos de los *Laminak*. En la mano tenía un bulto de color gris. Toca la media noche y ahora los *Laminak* se disponen a asir la última piedra. "Toma, Manech — Apresúrate, Manech — Pronto, es la última piedra, Manech".

En aquel instante, el Señor de Laustania prende fuego a un pedazo de estopa que produce una fuerte llamarada, arrojándolo del lado del gallinero. Uno de los gallos, asustado por esa repentina iluminación, temeroso de que el sol le hubiese tomado la delantera aquel día, se puso a aletear y se oyó un sonoro "kukurukú". El último *Laminak* lanzó un agudo alarido, arrojando al fondo del río cercano la piedra que tenía ya en sus manos, y que era la última para su edificio: "Maldito gallo"; y se hundió en las aguas con sus compañeros.

Esa piedra, nadie ha podido nunca sacarla del fondo del agua que forma allí un remolino. Los *Laminak* la sujetan con sus larga uñas, con sus garras. Y desde entonces faltó una piedra durante muchos años en el castillo de Laustania.

SOCIEDADES VASCAS DEL URUGUAY

Laurak-bat de Montevideo (Uruguay)

Fundada el 1º de enero de 1877 (la de Buenos Aires lo fue el 1º de abril de ese mismo año). Ambas fundadas a raíz y por motivo de la supresión de los fueros el 21 de julio de 1876.

Algunos de los principales artículos de sus Estatutos

Capítulo I: Objeto y carácter de la Sociedad en General

Art. 1º: Queda establecida una Sociedad en la República O. del Uruguay, cuyo principal objeto será dar protección a los inmigrantes de las provincias de Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya y Alava que espontáneamente vengan, proporcionándoles colocación en todo el territorio del país cuyo nombre será *Laurak-Bat*.

Art. 2º: Para el efecto, establecerá una gerencia en Montevideo y nombrará agentes que lo secunden en los Departamentos.

Art. 3º: Tan pronto como los recursos se lo permitan, será obligación de la Sociedad satisfacer los gastos de regreso a la madre patria de todo vascongado que lo solicite, probada su buena conducta y la inutilidad de las gestiones de la Sociedad para colocarlo o que por un impedimento físico esté inutilizado para el trabajo y se encuentre en estado de pobreza.

Art. 4º: Llenadas las necesidades establecidas, con el sobrante de la fundación si lo hubiere, la Comisión Directiva

estará autorizada para proveer a las primeras necesidades de sustento a los inmigrantes que lleguen sin recursos interin sean colocados.

Art. 5º: Siendo permanente los fines a que se consagra la Sociedad, su duración será indefinida.

Capítulo IX : De los Agentes

Art. 32: Se nombrarán uno o más agentes en cada pueblo de los Departamentos de campaña que estarán en relación directa con la Gerencia de la Capital y representarán a la Junta Directiva en todos los asuntos concernientes a la Sociedad.

Art. 33: Los Agentes serán los encargados de recibir los pedidos de los inmigrantes en sus respectivos pueblos o Departamentos y comunicarlos a la Gerencia para ser atendidos.

Art. 34: Percibirán y remitirán a la misma Oficina las cuotas mensuales que abonon los socios, cuya percepción verificarán en la forma que se establezca para la Capital según el inc. 5º del art. 31.

Presidente: José Umarán. Vice-presidente: Pedro M. Isasa. Tesorero: José M. Carreras. Vice-tesorero: Manuel Salcedo. Secretario: L. Serapio de Sierra. Vice-secretario: Ignacio Malcorra. Vocales: Francisco Zugarramurdi, José M. Arrizabalaga, Matías Uriarte, Ventura Garaicoechea, Pedro Lecumberry, Francisco Aranguren, Eugenio Lagarmilla, Santurio Echeverría. Secretario Gerente: Juan P. Udabe¹.

Además de otras, este año se ha fundado la Sociedad Protectora de los Vascongados. Esta sociedad, cuyo objeto es facilitar empleo a los vascos que vengan espontáneamente ha merecido el más simpático apoyo del Sr. Gobernador y del Capitán del Puerto, quien facilitó el Gerente D. Udabe pasaje libre a bordo de todas las embarcaciones que pasen visita a los paquetes o buques que lleguen al puerto y cuando lo solicite también se le concederán las embarcaciones gratis a los inmigrantes

Centro Vascongado

Del seno del Laurak-Bat un grupo de vascos intelectuales presidido por los Sres. Arechavaleta, Hormaeche, Casamayou, Bordabehere, Larrechea, Helgue y Llaguno, no conforme con las directivas conservadoras de esta entidad, formaron una nueva agrupación que designaron con el nombre de *Centro Vascongado*, de carácter eminentemente liberal, centro que ocupó un magnífico local, edificado a expensas del Dr. Hormaeche, local que a fines del siglo pasado se transformó en el hoy prestigioso "Círculo de Armas" pero sin carácter racial.

Sociedad Euskara

Pero no conformes los integrantes de ambas sociedades Laurak-Bat y Centro Vascongado con esta separación, proyectaron en el año 1884 la formación de una nueva entidad que denominaron *Sociedad Euskara*, la que inmediatamente contó

1. Informe anual de la "Comisión Central Directiva de Inmigración del Uruguay" correspondiente al año 1877, pág. 51.

con un magnífico predio donde se construyó un gran frontón y la piscina modelo como muestra seccional de lo que hubiera sido el célebre Canal de Zabala, del que hemos hablado en otro lugar. En esta piscina se construyó una bella gruta ornada con estalactitas traídas de las montañas vascas.

En el frontón se disputaron los partidos a cesta con los más famosos pelotaris que llegaban al Río de la Plata.

La unión de las sociedades no fue posible y estas se disolvieron a fines del siglo pasado

Las laboriosas gestiones que se llevaron a cabo entre los miembros directivos de las Sociedades Laurak-Bat y Centro Vascongado con el fin de consolidar a la nueva Sociedad Euzkara, no tuvieron éxito, a pesar de que el fundamento de la unión de ambas sociedades esta expresado en las bases siguientes:

Base 1ª del proyecto: "Substituir la denominación de *Laurak-Bat* por la de *Sociedad Euzkara*, sin perjuicio de ornamenta su escudo simbólico actual con el siguiente dístico: 1876, Laurak-Bat-1884, Euskaldun guztiak bat".

Art. 1º de los Estatutos: "La sociedad constituida hasta ahora bajo la denominación de *Laurak Bat* continuará en adelante, consultando el interés de aunar los sentimientos y los esfuerzos de toda la raza vascongada residente en el territorio del Uruguay, con el nombre de *Sociedad Euzkara*, orlando el emblema simbólico actual con los lemas: 1876, Laurak-Bat, Euskaldun-guztiok-bat".

La transcripción de la siguiente comunicación original da cuenta, por fin, de la definitiva ruptura de relaciones:

"Montevideo, Enero 4 de 1885.

Sr Presidente del Centro Vascongado

Señor: He recibido y hecho conocer a la Comisión directiva de la Euzkara la nota de Ud. fecha 3 del corte, en que se me comunica que el Centro vascongado ha resuelto en Asamblea celebrada del 31 de Diciembre "romper las relaciones de unión". Las causas en que esta resolución aparece fundada son tan ilusorias como fútiles; pero la Comisión que presidió no extraña tal proceder, por los señores en nombre del Centro Vascongado.

Lo ocurrido desde que se iniciaron las relaciones oficiales de ambas asociaciones, pone de manifiesto los móviles generosos de la Euzkara, así como la nobleza, la dignidad y el patriotismo que ha caracterizado su conducta. El Centro Vascongado, autor de la división de la familia vascongada, es también el autor y el único responsable del giro inconviniente que dio a sus relaciones oficiales con la Euzkara, no obstante los esfuerzos de prudencia y abnegación que he hecho por traer las cosas a un terreno más digno de la euskal-erria. El Centro es también el autor y el responsable del inesperado desenlace que han tenido las negociaciones tendientes a la unión. La Euzkara fiel a sus propósitos y en conformidad con sus Estatutos no dejará por eso de recibir en su seno a los vascos que quieran asociarse a nuestros humanitarios trabajos. Saludo a ud. atte. Y. Garaicoechea, presidente - M. Thevenet, secretario".

La Sociedad Euskal-Erria

Desaparecida Laurak-Bat que tuvo un cuarto de siglo de vida y que llegó a conquistar un gran prestigio deportivo y social en nuestro medio, a los pocos años, exactamente en el año 1912, se fundó la actual *Euskal Erria* semejante en poder económico y social a la anterior, desempeñado una evidente necesidad racial, tanto en el aspecto filántropo como deportivo y social.

El número de socios, tanto en una como en la otra ha oscilado siempre alrededor de los seiscientos, comprendidos los naturales y sus hijos uruguayos. Si bien nuestra *Euskal Erria* pasa por un periodo de crisis en distintos órdenes en su actual estructuración física y espiritual, existe una esperanza muy fundada de un futuro auspicioso, pues sus fundamentos económicos son sólidos. La idea de la fundación de esta sociedad fue lanzada por un pequeño grupo de entusiastas euzkaros de la nueva generación, pues era latente en el espíritu de los vascos residentes en el Uruguay, el deseo de que se creara una institución genuinamente vasca, bajo cuya amplia enseña se pudieran cobijar todos los vascos de la región pirenaica y sus descendientes.

Cuando se iniciaron los trabajos para la fundación de esta Sociedad existía y aún existe hoy, en Montevideo, una Sociedad recreativa euzkara titulada Centro Euskaro Español, integrada por unos 200 asociados, la mayor parte de los cuales formaban parte también de la *Euskal Erria*, pero esta Asociación no llenaba la patriótica aspiración de los que deseaban la unión de todos los vascos con el simpático lema de Euskaldun-Guziak-Bat, sin más motes distintivos; así que los disidentes de ese Centro fueron los iniciadores de la idea de fundar una sociedad puramente vasca con el nombre de *Euskal Erria*.

Con este fin se celebró una reunión preparatoria y en ella acordaron dirigirse al conocido vascófilo y notable vizcaíno don Florencio de Basaldúa, invitándolo a que viniera a Montevideo con el fin de dar una conferencia en uno de los Coliseos de esta capital, prestigiando así con su nombre, su reconocido talento y entrañable amor a Euzkadi, la idea de fundar una Sociedad netamente Euzkara en el Uruguay. Esta invitación fue aceptada con entusiasmo por el Sr Basaldúa, que vino a Montevideo y en una gran asamblea dirigió su palabra cálida y persuasiva a la numerosa concurrencia, exponiendo con toda claridad lo que significaba la fundación de una sociedad euzkara, para la difusión de la cultura y beneficencia entre la familia vasca.

Las diversas comisiones auxiliares emanadas del Consejo Directivo integran honrosamente esta corporación. Estas comisiones son: la de Señoras; de Instrucción y Beneficencia; de Arte y Cultura y de Fiestas. Ellas actúan con actividad e inteligencia, llenan sus cometidos con entusiasmo dando así cohesión y lucimiento a los actos del consejo.

Organizaciones de asistencia vasca

No las ha habido en el Uruguay, porque sus necesidades fueron absorbidas por las Instituciones Españolas, en cuyas Comisiones Directivas actuaban prestigiosos elementos vascos. Sin embargo, últimamente se instaló un Colegio de Hermanas Vascas con una sección de asistencia a los domicilios de enfermos que las solicitan.

Bancos e Instituciones comerciales

Por las mismas razones expuestas anteriormente, las actividades de orden bancario y comercial fueron desempeñadas por Instituciones Españolas, integradas también por elementos vascos. Donde los vascos se distinguieron fueron como estancieros y criadores de los más renombrados ejemplares de vacunos y ovinos de raza mundial, es así también como saladeristas.

Ayer no más en Palermo de la Argentina, uno de los familiares del Dr. Aldasoro, el Sr José Elorza del Uruguay, obtuvo el premio Campeón de Hereford, rechazando una oferta de \$ 150.000 nacionales; además obtuvo varios primeros premios.

SACERDOTES VASCOS EN EL URUGUAY Y LAS MISIONES EN EUSKERA

Los libros de la Catedral de Montevideo alcanzan al año 1727, cuando el templo no era otra cosa que un rancho de adobes y cuero, y aparece como su primer cura el Pbro. Barrales. Después de él, en una ojeada rápida sobre los libros, se han podido anotar los siguientes apellidos de sacerdotes de origen euzkaro: Pbro. Pedro García, Felipe Ortega, Juan Manuel Berroeta, Juan J. Ortiz —en cuyo tiempo se consagró la hermosa Iglesia catedral que hoy admiramos— Carlos Bozeta, Manuel Echeverría, Juan José de Sostoa, P. J. Garica de Zúñiga, Juan Ciriaco Otaegui, Fermín de Aznar, Dámaso Larrañaga, Inocencio María Yéregui, Fray Juan de Ascarza, Echenique y los obispos Yeregui e Isasa.

Además, entre el número de religiosos que en aquel tiempo se consagraban al bien espiritual de las gentes, debían figurar seguramente muchos vascos o descendientes cuya personificación más benéfica por su caridad, la constituye el benemérito Fray Juan de Ascarza. En los albores de la fundación de Montevideo, la plaza se veía asediada por las tropas del General Rondau. Los habitantes de la ciudad fueron presa de las más atroces calamidades. Las familias pobres carecían de lo más necesario y el hambre llegó a tales extremos que ocasionó numerosas pérdidas de vidas. En medio de aquellas espantosas miserias, dice un historiador, Dios suscitó un ángel de caridad, que predicando la misericordia a los ricos en beneficio de los pobres, iba de puerta en puerta recogiendo limosnas, a tal punto que consiguió así alimentar a más de 3.000 pobres, con grandes cantidades de sopa, cuya preparación él mismo dirigía. Este ángel de caridad en tal calami-

tosos tiempos, fue el humilde franciscano Fray Juan de Ascarze.

Por doquiera vemos en la historia de este país la huella del sacerdote de nuestra raza. Al fundar el general don José Gervasio Artigas, en el Hervidero junto al río Uruguay, el famoso pueblo de “La Purificación” que venía a ser algo así como un campo de concentración donde eran confinados los españoles y criollos sospechados de enemistad a la causa de la independencia, amén de los “hombres malos” para que “se purificaran” de sus malas costumbres, el general uruguayo levanta una capilla, pide al Cabildo de Montevideo el envío de una imagen de la Concepción y una caja de ornamentos y confía el servicio espiritual de dicha capilla a los religiosos Fr. José Ignacio de Otazú y a Fray José B. Lanás.

Entre otros calificados sacerdotes que han actuado en la vida del Uruguay debemos señalar en el último cuarto del siglo pasado al obispo Arrospeide y al R.P. Mendivil de los PP. Bayoneses. Este último actuó como capellán en las Expediciones de la Cruz Roja Uruguaya para atender a los heridos de las innumerables contiendas que asoló al Uruguay ininterrumpidamente en el siglo pasado. En efecto, no hay lugar en el Uruguay donde el sacerdote vasco no haya dejado de sembrar la buena semilla, siendo por su condición de vasco querido y respetado por todos.

Los R.P. Bayoneses, enviados por el hoy santo Garicoitia, desempeñaron en el Uruguay y aún siguen hoy desarrollando una misión altamente ejemplar y educativa. Fuertes personalidades del Uruguay pasaron por sus aulas en la niñez entre las que se encuentran generales, senadores, diputados y nuestro poeta máximo, Juan Zorrilla de San Martín. Desde la fundación de la “Iglesia de los Vascos” hasta hace muy poco se llevaban a cabo las vísperas en los días domingos a las que concurrían numerosos fieles de la colectividad vasca, en las que tomaba parte el coro integrado por vascos franceses. Anualmente se realizaban misiones en euskera con Padres Vascos venidos expresamente de la Argentina.